

1

QUO SÉ CON EXACTITUD cómo Edith Lavery llegó a entrar en la vida de Isabel Easton. Probablemente tuvieran algún amigo común, o pertenecían al mismo club, o tal vez fueran sencillamente a la misma peluquería. Pero lo que sí puedo recordar, por alguna extraña razón, es que Isabel decidió desde el primer momento que Edith sería su buena obra del momento, ese alguien un tanto especial que se puede imponer a los vecinos del campo en pequeñas dosis. La historia demostraría que tenía razón, desde luego, aunque cuando yo la conocí no existiera prueba indiscutiblemente clara de que así fuera a ser. Edith era muy guapa, pero no tanto como lo sería después, cuando encontrara su estilo, como dicen los diseñadores. Encajaba en un estereotipo, si bien en uno de clase superior: la inglesa rubia de ojos grandes y modales exquisitos.

Isabel Easton y yo nos conocíamos desde la infancia que ambos pasamos en Hampshire y disfrutábamos de una de esas amistades encantadoras y nada exigentes que se basan en la

persistencia. Teníamos muy poco en común, pero conocíamos a muy poca gente que pudiera recordarnos montados en un *pony* a los ocho años, y nuestros encuentros ocasionales eran cómodos. Al acabar la universidad, yo me había dedicado al teatro e Isabel se había casado con un agente de bolsa y se había mudado a Sussex, así que nuestros mundos rara vez coincidían, pero a Isabel le divertía tener de invitado de vez en cuando a un actor que salía por televisión (aunque, qué casualidad, sus amigos nunca me habían visto) y para mí era un placer pasar un fin de semana de vez en cuando con mi antigua compañera de juegos.

Yo estaba en Sussex la primera vez que Edith fue allí y puedo dar fe del entusiasmo de Isabel por su nueva amiga, que luego pondría en cuestión su menos generosa camaradería. Era muy genuina:

—Le van a ir muy bien las cosas. Tiene algo.

A Isabel le gustaba utilizar frases que parecían insinuar un conocimiento íntimo del funcionamiento del mundo. Podría decirse que, cuando Edith bajó del coche media hora después, no parecía tener mucho más que su belleza y un encanto relajado y deslumbrante, pero yo me sentí inclinado a coincidir con nuestra anfitriona. Recuerdo que ya había en su boca un augurio de lo que iba a suceder; era una de esas bocas de líneas rectas, con unos labios definidos, casi cincelados, que uno asocia a las actrices de cine de los años cuarenta. Y, además, estaba su piel. Para los ingleses la piel es, por norma, el último recurso del cumplido, algo que se alaba cuando no se encuentra nada más que alabar. Se habla mucho de la piel cuando se trata de los miembros menos agraciados de la familia real. Pero en aquella ocasión, Edith Lavery tenía la piel más bonita que yo hubiera visto nunca: fresca, limpia, de tonos pastel bajo una fina capa de seda impoluta. Toda mi vida he sentido debilidad por la gente hermosa y, al recordarlo, me doy cuenta de que me convertí en aliado de Edith en el mismo momento en que admiré su rostro. En cualquier caso, Isabel estaba destinada a ser la que cumpliera su propia predicción, pues fue ella quien llevó a Edith a Broughton.

Broughton Hall, la auténtica Mansión de los Broughton, era una dolorosa herida que condicionaba toda la vida de los Easton en Sussex. Los Broughton, que primero fueron barones y luego condes de Broughton para acabar siendo, desde 1879, marqueses de Uckfield, habían ejercido su poderoso influjo en aquella comarca concreta del este de Sussex mucho tiempo antes que la inmensa mayoría de los potentados de los Home Counties. Hasta hacía poco menos de un siglo, sus vecinos y vasallos eran básicamente granjeros humildes que extraían su sustento de las tierras húmedas y llanas al pie de las colinas, pero las carreteras y el ferrocarril, unido al invento del fin de semana, habían provocado una riada de miembros de la *haute bourgeoisie* que inundó la zona en busca de *ton* y, como Byron, los Broughton se despertaron una mañana siendo famosos. Al poco tiempo el indicador de si uno estaba «in» o «out» se basaba en gran medida en si su nombre constaba en su lista de invitados o no. Debo decir en honor a la verdad que la familia no buscó su popularidad, por lo menos al principio, pero, como máximos representantes de las fortunas antiguas de una región en alza, el poder les vino por añadidura.

Habían sido afortunados en otros sentidos. Dos matrimonios, uno con la hija de un banquero y el otro con la heredera de una gran parte de San Francisco, habían llevado a la familia a buen puerto a través de las aguas turbulentas de la depresión agrícola provocada por la guerra mundial. Al contrario que dinastías semejantes, habían podido mantener un buen número de sus posesiones en Londres, si no todas, y ciertos arreglos con estas propiedades en los años sesenta les condujeron a la orilla comparativamente segura de la Gran Bretaña de la señora Thatcher. Después de aquello, y cuando los socialistas se reagruparon y volvieron a aparecer para satisfacción de las clases altas en general como *nuevos* laboristas, demostrando ser mucho más acomodaticios que sus ambiciosos antecesores políticos, los Broughton se convirtieron en el símbolo de la familia inglesa «superviviente». Habían llegado a la década de los noventa con su prestigio y, lo que es más importante, con sus posesiones, prácticamente intactos.

Y no es que todo aquello supusiera un problema para los Easton. Lejos de envidiar los privilegios de la familia, los adoraban sin reservas. La dificultad estribaba en que, a pesar de vivir a solo dos millas de Broughton Hall, a pesar de que Isabel comentara a sus amigas durante el té en Walton Street la suerte que tenían de ser «prácticamente vecinos» de la casa, después de tres años y medio, no habían puesto aún el pie en ella ni habían logrado conocer a un solo miembro de la familia.

Naturalmente, David Easton no era el primer inglés de clase media alta que descubría que es más fácil presumir de un falso linaje aristocrático en Londres que en el campo. El problema era que, tras años de almuerzos en Brook's, sábados en las carreras y noches en Annabel's y de pregonar sus prejuicios contra la sociedad moderna y desclasada, había perdido por completo el contacto con el hecho de que él era un producto de la misma. Parecía que hubiera olvidado que su padre había sido el director de una pequeña fábrica de muebles en las Midlands y que su familia había pasado bastantes apuros para poder enviarle a estudiar a Ardingly. Cuando yo le conocí creo que se habría sorprendido sinceramente de que su nombre no figurara en Debrett's¹. Recuerdo que una vez leí un artículo en el que se reproducían unas palabras de Roddy Lewellyn quejándose de no haber estudiado en Eton (como su hermano mayor), porque allí era donde uno hacía amigos para toda la vida. Mientras lo leía, David pasó junto a mi silla.

—Tiene razón —dijo—. Yo pienso exactamente lo mismo.

Recorrí la habitación con la mirada buscando los ojos de Isabel, pero en su solidario gesto vi inmediatamente que no tenía intención de entrar en mi conspiración, sino en la de su marido.

Podría decirse que uno de los ingredientes más importantes en la supervivencia de muchos matrimonios es que cada cónyuge ayude a mantener vivos los sueños del otro. Protegido como había estado por la amabilidad de Isabel y la indiferencia de la mayoría de las anfitrionas londinenses a cualquier cosa

¹ Guía heráldica del Reino Unido.

que no sea la capacidad de sus invitados para conversar y comer, era para él una amarga experiencia sentarse a las mesas más elegantes y que le preguntaran por el viaje de Charles Broughton a Italia o sobre la recuperación del marido de Caroline y tener que admitir en voz baja que no los conocía mucho.

—Qué cosa más rara —solía ser la respuesta—. Creía que erais vecinos.

E incluso seguía habiendo cierta falsedad en aquella admisión porque la verdad era que no los conocía en absoluto.

Una vez, en un cóctel celebrado en Eaton Square, aventuró una opinión sobre la familia y alguien le preguntó:

—¿Aquel de allí no es Charles? Tienes que presentármelo para ver si se acuerda de dónde nos conocimos.

Y David se había visto obligado a decir que se encontraba mal (lo que era más o menos cierto) y a marcharse a casa, perdiéndose la cena a la que iban después. Últimamente había decidido adoptar un aire de ligero desinterés cuando se los mencionaba. Se mantenía en un elocuente silencio, al margen de la conversación, como si él, David Easton, prefiriera *no* conocer a los Broughton. Como si los hubiera tratado y hubiera descubierto que no eran de su gusto. Nada podía estar más lejos de la realidad. Para ser justo con David diré que aquellas frustradas ambiciones sociales eran, probablemente, tan secretas para su mente consciente como tenían que serlo para el resto de nosotros. O eso me parecía a mí, al verle subirse la cremallera del Barbour y llamar a los perros con un silbido.

Muy oportunamente, fue Edith la que sugirió la visita. Isabel nos preguntó durante el desayuno del sábado si nos apetecía hacer algo y Edith preguntó si había alguna «mansion señorial» cercana que se pudiera visitar. Fijó la mirada en mí.

—Me parece bien —dije.

Noté que Isabel miraba a David, enfrascado en el *Telegraph* en el otro extremo de la mesa. Yo conocía y entendía la situación con los Broughton, e Isabel sabía que yo lo sabía aunque, como buenos ingleses, nunca habíamos hablado del tema. Por esas casualidades de la vida, yo conocía a Charles Broughton, el hijo y heredero más bien zote con el que había coincidido

en Londres un par de veces en esas veladas híbridas en las que se reúnen la Farándula y la Alta Sociedad pero que, como dos ríos que se cruzan, apenas se mezclan. Yo no le había hablado a Isabel de aquellos encuentros para no hurgar en la llaga.

—¿David? —preguntó.

Pasó la página del periódico con un gesto amplio y desenvuelto.

—Id vosotros si queréis. Yo tengo que ir a Lewes. Sutton a vuelto a perder la tapa del depósito del cortacésped. Parece que se las come.

—Puedo ir yo el lunes.

—No, no. Tengo que ir a comprar unos cartuchos de todas formas —levantó la mirada—. En serio, id vosotros.

En sus ojos había un reproche al que Isabel respondió haciendo una mueca como si la estuviera obligando. Lo cierto es que tenían un acuerdo tácito de no visitar la casa como «uno más del público». Al principio, David lo evitaba porque tenía la esperanza de conocer a la familia muy pronto y no quería correr el riesgo de encontrárselos estando al otro lado del cordón. A medida que fueron pasando los meses, y luego los años de desilusión, no visitar la casa se convirtió en una cuestión de principios, como si no quisiera dar a los Broughton la satisfacción de verle pagar un buen dinero por visitar lo que debería ser suyo por derecho. Pero Isabel era más realista que su marido, como suelen serlo las mujeres, y se había hecho a la idea de que su posición en la comarca se iba a posponer por algún tiempo. Ahora sólo sentía curiosidad por conocer el lugar que se había convertido en el símbolo de su falta de poderío social. Por consiguiente no necesitó que le insistieran mucho. Los tres nos subimos en su maltrecho Renault y nos fuimos.

Le pregunté a Edith si conocía algo de Sussex.

—No mucho. En un tiempo tuve una amiga en Chichester.

—La zona de moda.

—¿Ah, sí? No sabía que el campo tuviera zonas de moda. Me resulta muy americano. Como lo de que haya mesas buenas y malas en un mismo restaurante.

—¿Conoces Norteamérica?

—Pasé unos meses en Los Ángeles al acabar los estudios.

—¿Por qué?

Edith se rio.

—¿Por qué no? ¿Por qué va uno a cualquier sitio a los diecisiete años?

—No sé por qué va uno a Los Ángeles, a menos que se quiera ser estrella de cine.

—A lo mejor quería ser estrella de cine —me sonrió. La suya era una sonrisa que más tarde llegué a reconocer como una expresión de ligera tristeza. Fue entonces cuando me fijé en que sus ojos no eran azules como me habían parecido en principio, sino de un gris brumoso.

Pasamos entre un par de monumentales pilares rematados por sendas cabezas de ciervo, con sus cuernos y todo, y enfilamos el amplio camino de gravilla. Isabel detuvo el coche.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó.

La imponente mole de Broughton Hall se alzaba ante nosotros. Edith sonrió entusiasmada y continuamos nuestro camino. Ella no consideraba que la casa fuera maravillosa, y yo tampoco, aunque era impresionante a su manera. En cualquier caso, era enorme. Parecía haber sido diseñada por un discípulo dieciochesco de Albert Speer. El bloque principal, un inmenso cubo de granito, estaba conectado a dos cubos más pequeños con columnatas achaparradas e historiadas. Desgraciadamente, algún Broughton del siglo XIX había eliminado las columnas centrales de las ventanas para reemplazarlas por cristaleras, que ahora miraban al parque vacías y ciegas. En las cuatro esquinas de la casa se levantaban unas cúpulas rechonchas como atalayas de centinela de un campo de concentración y, en lugar de enriquecer el diseño de la mansión, más bien lo dificultaban.

El coche se detuvo con un agradable crujido de grava.

—¿Vemos antes la casa o el jardín?

Isabel, como un inspector militar soviético de los años sesenta en el corazón de la OTAN, estaba decidida a no pasar nada por alto.

Edith se encogió de hombros.

—¿Hay mucho que ver en el interior?

—Oh, eso creo —dijo Isabel con seguridad dirigiéndose a grandes pasos hacia la puerta sobre la que se veía el letrero de «Entrada». Esta estaba resguardada por el abrazo de un impresionante tramo de escaleras que trazaba una herradura y conducía a la planta noble. El tosco granito se la tragó y nosotros la seguimos dócilmente.

Una de las historias favoritas de Edith ya siempre sería que la primera vez que entró en Broughton Hall fue como visitante de pago, separada de la vida íntima de la casa por un cordón.

—Y la verdad es que ese lugar nunca ha tenido una gran vida íntima —solía señalar con una divertida risa entrecortada.

Hay casas que conservan de tal modo la personalidad de la persona que las construyó, el imborrable aroma de las vidas allí vividas, que el visitante se siente como un cruce entre un ladrón y un fantasma, alguien que escudriña en un lugar privado con secretos ocultos. Broughton no era una de ellas. Cada barandilla, cada remate del último pináculo había sido proyectado con un sólo objetivo: impresionar al visitante. A grandes rasgos, su cometido a finales del siglo XX se mantenía sin cambios sustanciales, con la única diferencia de que ahora los visitantes pagaban sus entradas en vez de darle una propina al ama de llaves.

Sin embargo, para el visitante moderno los esplendores de las habitaciones principales estaban vedados y la estancia oscura y fría en la que entramos (más tarde la conoceríamos como la Sala de Abajo) era tan acogedora como un estadio vacío. Junto a las paredes había unas sillas con aspecto incómodo que daban una idea de las horas interminables de aburrimiento que pasarían sentados en ellas, y una mesa larga y negra llenaba el centro del descolorido suelo de piedra. No había ningún cuadro, aparte de cuatro oscuros paisajes de Venecia vagamente inspirados en Canaletto. Como todas las habitaciones de Broughton, era un salón absolutamente inmenso que nos hizo sentir como si fuéramos duendecillos.

—Bueno, aquí no creen en la humildad —comentó Edith.

Desde la Sala de Abajo, siguiendo las indicaciones de nuestras guías ilustradas, subimos la Escalera Grande que con sus escalones de roble tallado se elevaba sobre un bronce grandioso

y bastante deprimente de un esclavo moribundo. Una vez arriba, después de cruzar el amplio descansillo, entramos primero en la Sala de Mármol, un recinto vasto, de dos pisos de altura, con una galería con balaustrada que recorría las cuatro paredes en el nivel superior. Si hubiéramos entrado por las escaleras de fuera, esta habría sido nuestra primera (e intencionadamente desalentadora) visión de la casa. De allí pasamos al Gran Salón, otra estancia enorme, esta decorada con pesadas molduras de caoba fileteadas en oro y con las paredes forradas de papel escarlata con relieve.

—Yo tomaré el *tikka* de pollo —dijo Edith.

Me reí. Tenía toda la razón. Parecía exactamente un restaurante indio sobredimensionado.

Isabel abrió la guía y empezó a leer con voz de profesora de geografía:

—«El Gran Salón está decorado con el papel original, uno de los mayores orgullos de la decoración de Broughton. Las mesitas doradas fueron hechas para este salón por William Kent en mil setecientos treinta y nueve. El motivo marino de los espejos está inspirado en el nombramiento del tercer conde como embajador en Portugal en mil setecientos treinta y siete. El propio conde está presente en esta habitación, que era su favorita, en el retrato de cuerpo entero firmado por Jarvis, que, junto al de la condesa pintado por Hudson, cuelgan a ambos lados de la chimenea italiana».

Edith y yo miramos los cuadros. El de lady Broughton había hecho una concesión a la frivolidad colocando a la joven de rasgos rotundos sobre un macizo de flores con un sombrero de verano en su robusta mano.

—En mi gimnasio hay una mujer exactamente igual —dijo Edith—. Se pasa la vida intentando venderme lotería del partido conservador.

Isabel continuó monótona:

—«El buró que ocupa el centro de la pared sur es de Boule y fue un regalo de María Josefa de Sajonia, delfina de Francia, a la mujer del quinto conde con ocasión de su boda. Entre las ventanas...».

Me acerqué a los ventanales en cuestión y me asomé al parque. Era uno de esos días cálidos y densos de finales de agosto en los que los árboles parecen sobrecargados de follaje y el verde sobre verde de la campiña resulta impenetrable y sofocante. Mientras miraba, un hombre dobló la esquina de la casa. Iba vestido de *tweed* y pana a pesar del calor y llevaba uno de esos cargantes sombreros de fieltro marrones que los ingleses del campo creen que son arrebatadores. Levantó la cabeza y vi que se trataba de Charles Broughton. Apenas me dirigió la mirada, y la retiró enseguida, pero luego se detuvo y volvió a mirarme. Supuse que me había reconocido y levanté la mano para saludarle. Él respondió a mi saludo con un gesto vago y siguió a ocuparse de sus asuntos.

—¿Quién era ese? —dijo Edith que estaba detrás de mí. También ella había abandonado a Isabel a su suerte.

—Charles Broughton.

—¿Uno de los vástagos de la casa?

—El único, según creo.

—¿Nos invitará a tomar el té?

—Lo dudo mucho. Le conozco de dos veces exactamente.

Chales no nos invitó a tomar el té y estoy seguro de que no me habría dedicado ni un solo pensamiento más si no llegamos a encontrárnoslo de camino al coche. Estaba charlando con uno de los muchos jardineros que se veían por allí y acabó en el preciso momento en que cruzábamos el patio.

—Hola —me saludó en un tono bastante afable—. ¿Qué haces por aquí?

Isabel, a quien aquella repentina e inesperada irrupción en la «Tierra en la que se cumplen los Sueños» había pillado desprevenida, rebuscó una frase que permaneciera en el cerebro de Charles como algo inolvidable y diera como resultado una amistad íntima de efecto más o menos inmediato. La inspiración no llegó.

—Está con nosotros. Nuestra casa está a dos millas de aquí —dijo llanamente.

—¿Ah, sí? ¿Y vienen a menudo?

—Vivimos aquí.

—Ah —dijo Charles. Se volvió hacia Edith—: ¿Usted también es autóctona?

Ella sonrió:

—No se preocupe; está usted a salvo. Vivo en Londres.

Él se rio y sus rasgos carnosos y saludables parecieron atractivos por un momento. Se quitó el sombrero y mostró su pelo, un pelo a lo Rupert Brook, con rizos pequeños en la nuca tan característico de los aristócratas ingleses.

—Espero que le haya gustado la casa.

Edith sonrió sin decir nada, dejando que Isabel soltara el rollo de la guía turística.

Interrumpí con unas disculpas.

—Tenemos que irnos. David estará pensando que nos ha pasado algo.

Todos sonreímos, nos saludamos y nos estrechamos las manos, y unos minutos después estábamos en carretera.

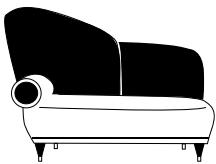
—No me habías dicho que conocieras a Charles Broughton —dijo Isabel en un tono inexpresivo.

—No le conozco.

—Bueno, no me habías dicho que te lo habían presentado.

—¿Ah, no?

Por supuesto que sabía que no. Isabel condujo el resto del camino en silencio. Edith se giró en el asiento del copiloto y me hizo con la boca una mueca que significaba «te la has cargado». Estaba claro que le había fallado e Isabel estuvo el resto del fin de semana fría conmigo.



2

EDITH LAVERY era hija de un conocido economista nieto de un inmigrante judío que había llegado a Inglaterra en 1905 huyendo de las persecuciones del fallecido zar Nicolás II, cuya muerte, según el padre de Edith, no fue llorada por ninguno de sus súbditos. Creo que nunca supe el verdadero apellido de la familia; sería tal vez Levy, o Levin. En cualquier caso el nombre del retratista de principios del siglo XX, *sir* John Lavery, proporcionó la inspiración para el cambio de apellido que en aquel momento les pareció una buena idea, y seguramente lo era. Cuando les preguntaban si estaban emparentados con el pintor, los Lavery contestaban «Lejanamente, creo», relacionándose así con la sociedad británica pero sin hacer ninguna afirmación discutible. Cuando alguien pregunta si conocen a tal o cual persona, entre los ingleses es costumbre decir «Sí, pero no creo que me recuerden», o «Bueno, me los han presentado, pero no los conozco», cuando en realidad no los conocen en absoluto.

Esto se debe a que los ingleses tienen una necesidad subconsciente de crear la tranquilizadora ilusión de que Inglaterra, o más bien la Inglaterra de clase alta y media alta, está interconectada con un millón de hilos de seda invisibles que los unen convirtiéndolos en una comunidad única y brillante de rango y abolengo que excluye a todos los demás. Esta actitud no es del todo falsa, ya que, por regla general, sólo entre ellos se entienden. Para un inglés o una inglesa de cierto linaje la respuesta «Bueno, los conozco, pero no se acordarán de mí» significa «No los conozco».

La señora Lavery, madre de Edith, se consideraba a sí misma un ave de muy diferente plumaje al de su marido, a pesar de lo mucho que lo quería. Su padre no había sido más que coronel del ejército en la India, pero el detalle importante era que la madre *de este* era bisnieta de un *baronet*² dedicado a la banca. Aunque de un modo muy amable, la señora Lavery era esnob hasta un punto que rayaba en el delirio y por eso su frágil conexión con aquel mundo, el más bajo de los títulos hereditarios, le llenaba con la cálida sensación de pertenecer a ese círculo de categoría y privilegio en el que su pobre marido siempre sería un extraño. Esto no era motivo suficiente para que el señor Lavery reprobara a su mujer. Por el contrario, se sentía orgulloso de ella. Después de todo era una mujer alta y de buena presencia que sabía vestir y, en todo caso, encontraba bastante divertida la idea de que la expresión «*noblesse oblige*» (una de las favoritas de la señora Lavery) no tuviera nada que ver con su casa.

Vivían en un espacioso piso de Elm Park Gardens, que estaba casi en los límites de Chelsea, y que no era demasiado del gusto de la señora Lavery. Aun así, no estaba exactamente en Fulham, ni lo que sería todavía peor, en Battersea, nombres que habían empezado a figurar en el mapa mental de la señora Lavery muy recientemente. Seguía sintiendo la emoción de lo desconocido, como un intrépido explorador que se aventura a alejarse más y más de la civilización, cada vez que la invitaban

² Título nobiliario inglés inferior al de barón.

a cenar a casa de alguno de los hijos casados de sus amigas. Escuchaba asombrada las conversaciones sobre la buena compra que había sido la «tostadora» o cómo les gustaba a los niños jugar en aquel pisito diminuto de Marloes Road. A la señora Lavery todo aquello le sonaba a chino. En lo que a ella respectaba, se encontraba en el infierno hasta que regresaba al otro lado del río, su particular laguna Estigia, que siempre dividiría el inframundo de la Vida Real.

Los Lavery no eran ricos pero tampoco pobres y, al no tener más que una hija, nunca pasaron estrecheces. Edith fue a un jardín de infancia de categoría y luego a Benenden («No, *no* porque la princesa asistiera a esa escuela, sino porque nos pareció la mejor opción»). A la señora Lavery le habría gustado que Edith hubiera continuado su educación en la universidad, pero cuando los resultados de los exámenes se mostraron claramente insuficientes, al menos para las instituciones a las que hubieran querido enviarla, la señora Lavery no cedió al desánimo. Su gran ambición siempre había sido presentar a su hija en sociedad.

Ella no había sido presentada en sociedad, de lo que se sentía profundamente avergonzada. Intentaba ocultarlo bajo un cúmulo de divertidas anécdotas sobre lo bien que se lo había pasado cuando era joven y, si alguien la obligaba a dar detalles concretos, contaba con un suspiro que su padre había sufrido un revés en los años treinta (circunstancia que felizmente la relacionaba con el *crash* de Wall Street, con Scott Fitzgerald y Gatsby). En otras ocasiones, tergiversando las fechas, echaba la culpa a la guerra. En cualquier caso, en el mundo menos permisivo socialmente hablando de los años cincuenta existían líneas de división más definidas entre los que pertenecían a la alta sociedad y los que no, hecho que la señora Lavery se había visto obligada a aceptar en lo más hondo de su alma. La familia de Stella Lavery era de las que no pertenecía. Envidiaba secretamente a aquellas de sus amigas que se habían conocido durante su presentación en sociedad, e incluso las odiaba por incluirla en sus recuerdos de Henrietta Tiarks o Miranda Smiley, fingiendo que ella también había sido «pre-

sentada en sociedad» cuando sabían perfectamente que no; y ella sabía a su vez que ellas lo sabían. Por esa razón había decidido desde el primer momento que tales carencias no ensombrecieran la vida de su adorada Edith. (Por cierto, el nombre de Edith fue elegido por su fragante evocación de una Inglaterra más apacible y mejor, y tal vez, inconscientemente, para sugerir que era un nombre familiar heredado de una belleza eduardiana, lo cual no era cierto.) En cualquier caso, la chica estaba destinada a entrar en el círculo de los privilegiados. Puesto que en los años noventa la Presentación en la Corte formaba parte del pasado más remoto, lo único que tuvo que hacer la señora Lavery fue convencer a su marido y a su hija de que el tiempo y el dinero que emplearan en darla a conocer sería una inversión rentable.

No necesitó insistir con ninguno de los dos. Edith no tenía planes concretos para su vida de adulta y retrasar un año el momento de toma de decisiones yendo de fiesta en fiesta le pareció una buena idea. En cuanto al señor Lavery, disfrutaba de la visión de su mujer y su hija en el *beau monde* y costeaba sus gastos con gran satisfacción. Los contactos que la señora Lavery había ido atesorando fueron suficientes para que Edith entrara en la lista de Peter Townend de puestas de largo, y su propia belleza le proporcionó un lugar en el desfile de moda de Berkeley. Después de aquello todo fue pan comido. La señora Lavery asistía a los almuerzos de las madres, preparaba los vestidos que su hija llevaba a los bailes de las casas de campo y, en resumen, se lo pasaba en grande. Edith también disfrutó de lo lindo.

A la señora Lavery sólo le quedó una reserva: cuando la Temporada acabó, cuando el último baile benéfico del invierno cerró sus puertas y los recortes del *Tatler* estuvieron almacenados en el álbum junto a las invitaciones, nada parecía haber cambiado. Edith había sido invitada por las hijas de varios nobles —entre los que figuraba un duque, lo que les había parecido particularmente emocionante— y, por supuesto, todas esas chicas habían asistido a la fiesta de Edith en Claridge's (una de las veladas más felices de la señora Lavery), pero las

amigas que permanecieron a su lado una vez acabaron las fiestas eran muy similares a las chicas que traía a casa cuando iba al colegio: hijas de prósperos hombres de negocios de clase media alta. En realidad, exactamente lo que era Edith, pero no por ello fue del agrado de la señora Lavery. Llevaba tanto tiempo atribuyendo su dificultad para alcanzar los peldaños más elevados de la sociedad londinense (a la que ella se refería empleando un tono cómplice como «la Corte») al hecho de haber carecido ella de un lanzamiento adecuado, que esperaba mejores cosas para su hija. Tal vez su entusiasmo le impedía ver una verdad más sencilla: el hecho de que la Temporada hubiera recibido a su hija con los brazos abiertos significaba que en los años ochenta ya no era la institución exclusiva que había sido en la juventud de la señora Lavery.

Edith era consciente de la desilusión de su madre, pero, a pesar de no ser inmune a los encantos de la clase y la fortuna, como descubriría más tarde, no veía muy claro cómo esperaba que lograra entrar en la intimidad de las hijas de las Grandes Casas. Para empezar, ellas parecían conocerse desde la cuna y, por otro lado, no podía evitar pensar que era difícil sumarse a su forma de vida viviendo en un piso de Elm Park Gardens. Al final, acabó manteniendo con las chicas de su año una relación superficial, pero cuando este concluyó volvió a encontrarse en la misma posición que ocupaba al acabar en el colegio.

Me enteré de todo esto al poco tiempo de conocernos en casa de los Easton porque resultó que ella trabajaba atendiendo el teléfono de una inmobiliaria de Milner Street, en la esquina del edificio donde yo tenía mi apartamento en un semisótano. Empecé a encontrármela en Peter Jones, o comiendo un sándwich en el *pub* del barrio, o comprando leche en Partridges y, poco a poco, casi sin darnos cuenta, nos fuimos haciendo muy amigos. Un día me la encontré saliendo del General Trading Company a la una de la tarde y la invité a comer conmigo.

—¿Has visto a Isabel últimamente? —le pregunté mientras nos acomodábamos en una mesa de uno de esos restaurantes italianos en los que los camareros hablan a gritos.

—Cené con los dos la semana pasada.

—¿Va todo bien?

Todo iba bien, o bastante bien. Estaban embarcados en un drama escolar con su hijo. Isabel había descubierto que el niño tenía dislexia y yo lo sentí por el director del colegio.

—Me preguntó por ti. Le dije que te había visto —dijo Edith.

Comenté que creía que Isabel todavía no me había perdonado por no decirle que conocía Charles Broughton, y Edith se rio. Fue entonces cuando me habló de su madre. Le pregunté si le había contado a la señora Lavery nuestra visita a Broughton. Se daba la circunstancia de que aquella mañana tenía muy presente a Charles porque había visto un artículo sobre solteros deseables en una de esas revistas estúpidas y él encabezaba la lista. Me sonroja decir que me había impresionado bastante la lista de sus posesiones.

—Ni loca. No vaya a ser que empiece a maquinar.

—Debe de ser muy susceptible.

—Lo es, y mucho. Me veo arrastrada por el pasillo central de la iglesia casi sin darme cuenta.

—¿No quieres casarte?

Edith me miró como si estuviera loco.

—Por supuesto que quiero casarme.

—¿No te ves como mujer de carrera? Creía que todas las mujeres de hoy querían tener una carrera.

No sé por qué caí en aquel absurdo antifeminismo que no refleja en absoluto mis ideas.

—Bueno, no quiero pasarme el resto de mi vida contestando al teléfono en una agencia inmobiliaria, si es eso a lo que te refieres.

Una reprimenda bien merecida.

—No era exactamente eso en lo que estaba pensando —aduje.

Edith me miró con condescendencia, como si tuviera que ayudarme a repasar la tabla de multiplicar del tres.

—He cumplido veintisiete años. No tengo ninguna cualificación y, lo que es peor, ningún talento especial. Además tengo gustos que requieren, como mínimo, ochenta mil libras al año.

Cuando muera mi padre le dejará todo lo que tiene a mi madre y calculo que ninguno de los dos saldrá de escena mucho antes de 2030. ¿Qué sugieres que haga?

No sé por qué, pero aquel pragmatismo a lo Anita Loos de la muchachita que tenía delante con su diadema y su pulcro traje azul marino me dejó sin palabras.

—O sea ¿que piensas casarte con un hombre rico? —aventuré.

Edith me miró misteriosa. Tal vez pensara que había hablado demasiado, tal vez estuviera intentando adivinar si yo la juzgaba y, de ser así, si salía bien parada. Mirarme debería haberla tranquilizado, porque siempre he pensado que cuanto antes decida uno lo que realmente espera de la vida, más oportunidades tendrá de evitar la inevitable enfermedad moderna de la crisis de la mediana edad.

—No necesariamente —contestó a la defensiva—. Pero es que no me puedo imaginar felizmente casada con un hombre pobre.

—Me hago cargo.

Después de aquel almuerzo no vi a Edith durante algún tiempo. Me dieron un papel en una de esas insufribles mini series norteamericanas y tuve que pasar varios meses entre París y, por desgracia, Varsovia. Aquel trabajo incluía la triste experiencia de pasar la Navidad y el Año Nuevo en un hotel extranjero de esos en los que dan queso para desayunar y donde todo el pan está duro, y para cuando regresé a Londres en mayo, no tenía la sensación de que mi arte hubiera progresado demasiado. Eso sí: estaba un poco mejor económicamente que cuando me fui. Poco después de volver a casa recibí una tarjeta de Isabel en la que me invitaba a asistir con ellos al segundo día de Ascot. Debía de haberme perdonado durante mi ausencia. Creí que tendría que rechazar la invitación, ya que no había renovado mi abono de entrada al Recinto Real, pero resultó que mi madre (que con gestos como aquel demostraba su desafiante negativa a aceptar el trabajo y la vida que yo había elegido) lo había hecho por mí. Hoy, en estos tiempos menos elegantes, no sería posible sacar el abono para otra persona, ni

siquiera para un hijo, pero entonces sí se podía. De hecho, ella había asumido aquella responsabilidad anual en mi juventud y se mostraba reacia a abandonarla.

—Te arrepentirás si te lo pierdes —solía decir cuando yo le decía que no tenía intención de asistir a las carreras.

Y, en esta ocasión, mi madre tenía razón. Acepté la invitación de Isabel con la media sonrisa que la perspectiva de un día en Ascot dibuja invariablemente en mis labios.

Como muchas instituciones famosas, la imagen y la realidad del Recinto Real de Ascot guardan muy poca relación, si es que guardan alguna. El solo nombre de «Recinto Real» (por no hablar de la voraz cobertura de la prensa del corazón) sugiere imágenes de príncipes y duquesas, bellezas famosas y millonarios exóticos paseando por céspedes bien recortados con *haute couture*. De esa imagen, yo creo que sólo puedo dar fe de la calidad del césped. La inmensa mayoría de los asistentes al recinto son hombres de negocios de mediana edad vecinos de las urbanizaciones más caras de Londres. Van acompañados de señoras que llevan vestidos totalmente inadecuados para algo así, generalmente de gasa. Sin embargo, lo que hace que esa disparidad entre el sueño y la realidad sea tan chocante y divertida es el apoyo incondicional que prestan a esa fantasía los propios participantes. Incluso los miembros de la alta sociedad, o mejor dicho, de las clases alta y media alta, que sí asisten al evento, disfrutan con deleite vistiéndose y comportándose como si realmente estuvieran en el acontecimiento elegante y exclusivo del que hablan los periódicos. Sus mujeres lucen trajes igualmente inapropiados pero más favorecedores y se pavonean saludándose unas a otras como si estuvieran en una recepción en Ranelagh Gardens a finales del siglo dieciocho. Uno o dos días al año, esa gente trabajadora se permite el lujo de aparentar que pertenecen a una clase ociosa ya desaparecida, de fingir que el mundo que añoran y admiran y al que creen que pertenecerían si aún existiese (aunque, por lo general, no es cierto) está vivo y coleando y reside cerca de Windsor. Son pretensiones frágiles y vulnerables y por eso, al menos para mí, encantadoras. Pasar un día en Ascot siempre me pone de buen humor.

David me recogió en su Volvo de cinco puertas y al subirme a él me encontré con Edith, a quien ya esperaba, y a otra pareja: los Rattray. Simon Rattray trabajaba para Strutt and Parker³ y hablaba sin parar de caza. Su mujer, Venetia, hablaba muy poco de sus hijos y mucho menos de todo lo demás. Elegimos el camino de la M4 y atravesamos Windsor Great Park hasta llegar al hipódromo y a la plaza de aparcamiento de David, que quedaba algo alejada de la entrada. Para él era una permanente causa de irritación no tener acceso al aparcamiento Número Uno y siempre volcaba su frustración en Isabel, que le iba dando las indicaciones para llegar. A mí no me importaba; para mí se había convertido en parte de Ascot (como mi padre haciendo aspavientos por las luces del árbol todas las Navidades, uno de los pocos recuerdos vívidos que guardo de mi infancia).

Al cabo de un rato el coche estaba aparcado y habíamos sacado el almuerzo. Estaba claro que Edith no había participado en él, ya que Isabel y Venetia asumieron el mando, trinchando y mezclando, atareadas y orgullosas, hasta que el banquete desplegó toda su magnificencia ante nuestros ojos mientras los hombres y Edith observábamos a cierta distancia con una copa de champán de plástico en las manos. Como siempre, aquellos preparativos se hicieron con una cierta premura, debido al poco tiempo que quedaba para el consumo de la comida. Apenas habíamos acercado nuestras sillas plegables a la inestable mesa cuando Isabel, tan predecible como las quejas de David por el aparcamiento, miró el reloj:

—Tenemos que darnos prisa. Son las dos menos veinticinco.

David asintió con la cabeza y se sirvió unas fresas. No hacían falta explicaciones. Parte del día, con tantos rituales como una misa, era acceder a las gradas del Recinto a tiempo de ver la llegada de la familia real desde Windsor. Y llegar con tiempo suficiente para asegurarse un sitio con buena visibilidad. Edith me miró y puso los ojos en blanco, pero ambos nos bebimos

³ Una popular agencia de la propiedad a nivel estatal.

obedientemente el café de un trago, nos pusimos las acreditaciones y nos dirigimos hacia la pista.

Pasamos ante los guardias de la entrada, entregados a su labor de separar la paja del grano. Acababan de parar a dos desafortunados, aunque no sé si fue porque no llevaban el distintivo oportuno o porque no iban convenientemente vestidos. Edith me apretó el brazo y sonrió.

—¿Has visto algo divertido?

—No —dije, moviendo la cabeza.

—¿Entonces?

—Tengo debilidad por entrar en sitios en los que no dejan entrar a todo el mundo.

Me reí.

—Que la sientas es lícito. Muchos la sienten. Pero admitirlo es muy ruin.

—¡Oh, cielos! Soy un ser humano ruin —declamé—. Espero que eso no me impida la entrada.

—No lo creo.

Lo más interesante de aquella conversación fue su sinceridad. Edith encajaba a la perfección en el prototipo de *Sloane Ranger*⁴ que era, pero yo empezaba a descubrir que exhibía una desconcertante consciencia de la realidad de su vida y su situación cuando por lo general las chicas como ella se esfuerzan en mostrar una fingida ignorancia de esas cosas. Y no es que sus sentimientos la hicieran diferente a los demás. Los ingleses de cualquier clase, que quede claro, son adictos a la exclusividad. Mete a tres ingleses en una habitación y se inventarán una regla para impedir que se les añada un cuarto. Lo que hacía diferente a Edith era que la mayoría de la gente, y los ricachones más que nadie, dedicaban grandes esfuerzos a fingir que no les importaba serlo. El placer de ser invitado a un sitio en el que los demás tienen que pagar la entrada, de tener acceso por la puerta grande, de tener franca la entrada a un espacio en el que se rechaza a la gente, es recibido por los aristócratas (o presuntos aristócratas) con miradas inexpresivas y una estudiada incom-

⁴ Nombre con el que se conoce en Londres a las chicas bien.

presión. La matrona experimentada probablemente sugerirá con un leve movimiento de cejas que la sola idea denota falta de clase. La falsedad de este comportamiento es, naturalmente, asombrosa pero, como siempre en el caso de esta gente, la disciplina de sus normas inmutables merece cierto respeto.

Debimos de quedarnos atrás, porque los demás ya estaban en las gradas, que se llenaban rápidamente, y nos hacían gestos para que nos reuniéramos con ellos. Un lejano rumor anunció que los carruajes se acercaban y los palafreneros, o los lacayos, o lo que sean, se apresuraron a abrir las verjas de entrada. Edith me dio un codazo y señaló con la cabeza a Isabel cuando el primer coche, que llevaba a su majestad acompañada del atezado primer ministro de algún país rico en petróleo cruzaba la entrada. Como los demás hombres, me quité el sombrero con un entusiasmo absolutamente genuino, pero no pude ignorar el gesto que se dibujaba en la cara de Isabel. Era la expresión abstraída y extasiada del conejo ante la cobra. Estaba hipnotizada, arrebatada. Para que la incluyeran en el grupo real de Ascot, Isabel, como la Pervaneh de *Hassan*, sería capaz de enfrentarse a la más horrible de las muertes. O al menos habría llegado a planteárselo. Supongo que todo esto solo viene a demostrar que, por mucho desprecio que manifiesten las clases privilegiadas por la adoración de las masas a las estrellas, ellas también son sensibles a la fantasía si se les presenta de una forma deseable.

Lo cierto es que aquel año la comitiva fue un tanto decepcionante. El príncipe de Gales, paradigma de la perfección para Isabel, no estaba, y tampoco había ido ninguno de los otros príncipes. La única joven de la realeza presente era Zara Phillips, alegremente ataviada con un revelador modelito playero. Edith no paraba de murmurar irreverentes críticas a mi oído ante la irritación de Isabel y de una señora de pelo azul que estaba a su lado, así que, en vez de seguir aguándoles la fiesta, decidimos retirarnos, cuando oí una voz a mis espaldas que decía:

—Hola, ¿qué tal estáis?

Me di la vuelta y me encontré cara a cara con Charles Broughton. En aquella ocasión no existió el problema de los

nombres, ya que lo mejor que tiene el recinto de las carreras es que todo el mundo tiene que llevar su distintivo con el nombre completo. Así no se dan tartamudeos en las presentaciones ni dudas sobre si se conoce a las personas. Una rápida mirada a la solapa o al pecho del otro y se acabó. Ojalá esa costumbre fuera obligatoria en todos los actos sociales. La tarjeta de Charles decía «El conde Broughton» con esa característica caligrafía redonda de las chicas bien de la oficina de Ascot.

—Hola —lo saludé—. ¿Te acuerdas de Edith Lavery? —dije, utilizando la fórmula correcta en inglés para presentar a una persona que uno está casi convencido que no se recuerda. Pero en este caso me equivocaba.

—Por supuesto que me acuerdo de ella. Eres la que no me supone peligro en Londres.

—Bueno, espero no estar tan a salvo como parece —Edith sonrió y, no sé si por propia iniciativa o por indicación de Charles, le agarró del brazo.

Los Easton y los Rattray se nos acercaban a toda prisa y casi podía sentir su aliento cuando sugerí que bajáramos al *paddock*. Es duro de admitir y seguramente revela una profunda inseguridad por mi parte, pero me sentía avergonzado por la vehemencia de la pobre Isabel y por la ambición de David, que casi parecía maligna por su intensidad. Afortunadamente Charles, que era después de todo un tipo muy cortés, saludó a Isabel con un movimiento de cabeza que indicaba que se desentendía de ella pero reconocía al menos que recordaba que habían sido presentados. David, disimulando su enfado, retrocedió, y nosotros tres nos dirigimos al *paddock* donde estaban paseando a los caballos antes de la primera carrera.

Como era de esperar, Charles resultó ser un gran conocedor de los caballos y al poco rato estaba felizmente enzarzado en una documentada conversación sobre sus características que a mí no me interesaba lo más mínimo, pero me entretenía observar a Edith que le escuchaba con una atención fascinada y aduladora. Es una técnica que las mujeres conocen de forma innata. Edith llevaba un traje de lino de color azul pálido, creo que el nombre exacto es «*eau-de-nil*», con un pequeño som-

brero pastillero sobre la frente. Le daba un aire frívolo pero, en contraste con las matronas de Weybridge envueltas en volantes de organza, resultaba práctico y elegante. El conjunto añadía un toque de ingenio y humor a su rostro que resultaba seductor en extremo. Mientras ella estudiaba el programa y tomaba notas junto a los nombres con el lápiz de Charles, observé cómo la miraba él, y quizá fuera en ese momento cuando se me ocurrió por primera vez la posibilidad real de que se sintiera atraído por ella. Y no puedo decir que me sorprendiera. Era guapa e ingeniosa y, como ella misma había dicho, segura. No pertenecía a su círculo, claro, pero vivía y hablaba como si fuera de los suyos. Existe la creencia popular de que hay una gran diferencia de modales y comportamientos entre las clases media alta y alta, cuando lo cierto es que, en el plano de lo cotidiano, son prácticamente idénticas en todo. Por supuesto que el círculo de amistades en la aristocracia es mucho más reducido y con ellos es inevitable tener la sensación de que pertenecen a un club, lo cual tiene como efecto una tendencia a exteriorizar su condición social a través de una despreocupada grosería a la que ellos no dan importancia pero que irrita a casi todos los demás. Pero aparte de eso (y la grosería se aprende con gran facilidad), hay poca diferencia entre sus usos sociales. No. Edith Lavery era claramente la chica para Charles.

Vimos juntos una o dos carreras, pero me daba cuenta de que Edith estaba intentando desembarazarse de mí de la mejor manera posible, así que cuando Charles propuso el inevitable té en White's, me disculpé y fui a reunirme con los otros. Edith me miró agradecida y los dos se alejaron cogidos del brazo.

Encontré a Isabel y David en una de las barras que había detrás de la tribuna principal, bebiendo Pimm's tibio. Los camareros se habían quedado sin hielo.

—¿Dónde está Edith?

—Se ha ido a White's con Charles.

David se puso mohíno. Pobre David. Nunca consiguió que le invitaran al White's de Ascot, ni en la antigua carpa ni, que yo sepa, en sus nuevas instalaciones más modernas. Habría dado un brazo por ser socio.

—Caramba —dijo con los dientes apretados—. No me habría importado tomar el té.

—Creo que se iban a reunir con el resto de la pandilla de Charles.

—Seguro que sí.

Isabel, por su parte, no dijo nada y siguió dando sorbos a la bebida templada con sus cuatro trozos de pepino flotante.

—Le he dicho que nos encontraríamos en el coche al acabar la penúltima carrera.

—Bien —contestó David sombrío, y todos nos quedamos en silencio. Isabel, hay que decirlo, con la mirada fija en la poco apetecible bebida, seguía pareciendo más interesada que molesta.

Edith ya estaba apoyada en el coche cuando nosotros llegamos y enseguida me di cuenta de que el día había sido todo un éxito.

—¿Dónde está Charles? —le pregunté.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la tribuna.

—Ha ido a buscar a la gente con la que se queda esta noche. Va a venir mañana y el viernes.

—Le deseo buena suerte.

—¿No lo has pasado bien?

—Ah, sí —dije—. Pero ni la mitad que tú.

Se rio y no dijo nada. En ese momento llegó David a abrir el coche. No dijo ni una palabra de Charles y estuvo abiertamente hosco con Edith; por eso ella no comentó en voz alta, sino a mí sólo y en un susurro, que Charles le había invitado a cenar el martes siguiente. Mantenerlo en secreto era, naturalmente, más de lo que podía soportar.